

# Los jóvenes de hoy sobre el día de mañana

JUAN IGNACIO GRANDE

RODRIGO CASTILLO

RAZVAN IACOB

“En aquel tiempo presentaron a Jesús unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Pero Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: ‘Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él’. Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos” (Del santo Evangelio según san Marcos 10, 13-16).

La anterior cita muestra la importancia que para el Reino de Dios tienen las nuevas generaciones. Se habla de niños y se hace referencia a la necesidad de que reciban el Reino de Dios cuanto antes en sus vidas antes de que sea demasiado tarde. Esto nos da sobre lo que reflexionar a día de hoy.

Es más fácil mostrar a un niño el valor de la fe que a un adulto que no lo ha visto en su juventud, asimismo, por poner un ejemplo, el fervor con el que es capaz de rezar un niño supera al de muchos adultos. Esto es porque el hombre en sus primeros años es una esponja a la que sus progenitores deben nutrir de valores. Es de hecho responsabilidad de los padres el ayudar a sus hijos a que comprendan qué es el bien y el mal, lo recto y lo desviado, lo justo

y lo injusto. Por tanto, los padres son los primeros educadores de la fe para los niños, tal como dice el proverbio: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22 6).

Pero más que ayudar deberían empezar por dejar que los niños vayan a Jesús y no negarles el derecho de conocerle. Jesús tuvo razón, el que no acepte a Dios en sus vidas de joven será difícil que vaya con él más tarde. Muchos adultos en la actualidad excluyen la vía cognoscitiva de la fe en sus vidas porque perdieron la oportunidad de conocer la palabra de Jesús en la niñez o en la juventud y lo que es más grave, rehúsan de dar la posibilidad a sus hijos de que también lo hagan. Estos padres confunden la cristiandad con ignorancia y tiene la convicción de que vendando a sus hijos lo ojos de ver este mundo de la fe descubrirán lo que ellos creen que es el mundo real. Nada más alejado de la realidad y nada más parecido a la situación de un ciego guiando a otro ciego. Lo que verdaderamente estaría pasando es que al joven se le oscurecería más la visión del mundo al ser privado de una vía de conocimiento que es la fe, dejándolo solo con la razón. Es de esperar que la juventud así instruida esté condenada a vivir de forma paralela a ese Reino de Dios.

Debemos mencionar sin embargo un caso paradigmático relacionado al político socialista y ateo Jean Jaurès, conocido también por ser fundador del periódico *L'Humanité* escribió una carta en 1919 a su hijo. En dicha carta Jean Jaurès le decía a su hijo lo siguiente:

“Querido hijo:

Me pides un justificante que te exima de cursar religión, un poco por tener la gloria de proceder de distinta manera que la mayor parte de los discípulos y temo que también un poco para parecer digno hijo de un hombre que no tiene convicciones religiosas.

Este justificante, querido hijo, no te lo envío ni te lo enviaré jamás. No es porque desee que seas clerical, a pesar de que no hay en esto ningún peligro, ni lo hay tampoco en que profeses las creencias que te expondrá el profesor.

Cuando tengas la edad suficiente para juzgar, serás completamente libre pero, tengo empeño decidido en que tu instrucción y tu educación sean completas, y no lo serían sin un estudio serio de la religión.

Te parecerá extraño este lenguaje después de haber oído tan bellas declaraciones sobre esta cuestión; son, hijo mío, declaraciones buenas para arrastrar a algunos pero que están con el más elemental buen sentido. ¿Cómo sería completa tu instrucción sin un conocimiento suficiente de las cuestiones religiosas sobre las cuales todo el mundo discute? ¿Quisieras tú, por tu ignorancia voluntaria, no poder decir una palabra sobre estos asuntos sin exponerte a soltar un disparate?

Dejemos a un lado la política y las discusiones y veamos lo que se refiere a los conocimientos indispensables que debe tener un hombre de cierta posición. Estudias mitología para comprender historia y la civilización de los griegos y de los romanos y ¿qué comprenderías de la historia de Europa y del mundo entero después de Jesucristo, sin conocer la religión, que cambió la faz del mundo y produjo una nueva civilización? En el arte ¿qué serían para ti las obras maestras de la Edad Media y de los tiempos modernos, si no conoces el motivo que las ha inspirado y las ideas religiosas que ellas contienen?

En las letras ¿puedes dejar de conocer no sólo a Bossuet, Fenelón, Lacordaire, De Maistre, Veuillot y tantos otros que se ocuparon exclusivamente de cuestiones religiosas, sino también a Corneille, Racine, Hugo, en una palabra, a todos estos grandes maestros que debieron al cristianismo sus más bellas inspiraciones? Si se trata de derecho, de filosofía o de moral ¿puedes ignorar la expresión más clara del Derecho Natural, la filosofía más extendida, la moral más sabia y más universal? -éste es el pensamiento de Juan Jacobo Rousseau-.

Hasta en las ciencias naturales y matemáticas encontráis la reeligen: Pascal y Newton eran cristianos fervientes; Ampere era piadoso; Pasteur probaba la existencia de Dios y decía haber recobrado por la ciencia la fe de un bretón; Flammarion se entrega a fantasías teológicas. ¿Querrás tú condenarte a saltar páginas en todas tus lecturas y en todos tus estudios? Hay que confesarlo: la religión está íntimamente unida a todas las manifestaciones de la inteligencia humana; es la base de la civilización y es ponerse fuera del mundo intelectual y condenarse a una manifiesta inferioridad el no querer conocer una ciencia que han estudiado y que poseen en nuestros días tanta inteligencia preclara.

Ya que hablo de educación: ¿para ser un joven bien educado es preciso conocer y practicar las leyes de la Iglesia? Sólo te diré lo siguiente: nada hay que reprochar a los que las practican fielmente, y con mucha frecuencia hay que llorar por los que no las toman en cuenta. No fijándome sino en la cortesía en el simple *savoir vivre*, hay que convenir en la necesidad de conocer las convicciones y los sentimientos de las personas religiosas. Si no estamos obligados a imitarlas, debemos por lo menos comprenderlas para poder guardarles el respeto, las consideraciones y la tolerancia que les son debidas. Nadie será jamás delicado, fino, ni siquiera presentable sin nociones religiosas [...]”.

En esta carta hemos visto la importancia que para los jóvenes tiene el conocer la palabra de Jesús y la vía de conocimiento de la fe que nunca es contraria a la razón sino que son complementarias para conocer la integridad del mundo tal como decía Jean Jaurès en su carta. En muchas universidades de España se está pasando de una enseñanza laica a promover el laicismo, una doctrina que algunos profesores ateos se esfuerzan por enseñar a los jóvenes con la intención de eliminar la fe del hombre, de que en algún futuro esos jóvenes que serán el pueblo de mañana prohíban que el Estado mantenga cualquier contacto con la Iglesia o con cualquier otra organización religiosa.

Sólo debemos mirar lo que algunos jóvenes de nuestra edad quieren, como quitar las capillas o capellanes de las universidades, hospitales o prisiones. Alegan que no tiene sentido que en dichos lugares esté la presencia de la imagen de Dios. Como joven les respondo que lo que no tiene sentido es ignorar que la presencia de Dios se encuentra en todas partes. ¿Cómo vais a eliminar los elementos religiosos de una universidad si la misma universidad nació en el seno de la Iglesia? ¿Los pensáis quitar de los hospitales en los que hay gente que está sufriendo y que estando ingresada baja a la capilla de allí a rezar a la Virgen por su sanación? ¿De verdad los quitaríais de las prisiones que es donde muchos reos han decidido dar un giro de 180 grados a sus vidas, arrepentirse de sus pecados y volver con Jesucristo?

Pero si hay una pregunta que de verdad nos incomoda es, ¿cuántos jóvenes tienen fe? Para algunos que los jóvenes tengan o no tengan fe no es algo relevante para la sociedad. Pero no nos engañemos, sin la fe, la visión que los jóvenes tienen del mundo es de un lugar racionalista frío. Que un joven intente comprender la complejidad de este mundo usando sólo la vía de la razón le mostraría una realidad desviada, con lagunas que deberían ser cubiertas por la fe pues la fe ilumina y proporciona conocimientos que el ser humano no puede llegar a conocer por sí solo. Esa visión incompleta es lo

que lleva a muchos jóvenes a declararse agnósticos reconociendo su propia ignorancia acerca de la verdad.

Como jóvenes oímos continuamente a otros de nuestra edad diciendo que la vida no tiene sentido y se definen como nihilistas repitiendo una y otra vez la famosa frase del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, “Dios ha muerto”, conocida por el libro *Así habló Zaratustra* (1883). Para estos jóvenes vivir sin fe es una filosofía de vida, una ignorancia enmascarada de revolución intelectual. No obstante, esto puede crear en ellos una confusión muy grande, tal como le sucedió a un joven de 35 años llamado Mitchell Heisman.

El 18 de septiembre de 2010, a las 10:50 de la mañana, Mitchell Heisman se suicida frente a la Iglesia Memorial de Harvard de un tiro a la cabeza. La carta de suicidio que escribió pasó a la historia por ser la más larga de la historia (1.905 páginas escritas en un periodo de 5 años) y no podemos negar de qué es toda una obra literaria al contar incluso con un índice.

De este ensayo rescatamos una frase: “Ahora, antes de volarme los sesos, me gustaría señalar que la cuestión central de este texto no es la biología, la raza, o la tecnología, sino que es el nihilismo. En última instancia, esto es un experimento sobre el nihilismo. Cada palabra, cada pensamiento y cada emoción vuelve al problema central: la vida no tiene sentido”.

Una conclusión que podríamos sacar sobre Mitchell Heisman es que fue un joven inteligente, un buen estudiante de psicología que cometió un error: tratar de abordar el misterio del hombre desde una visión puramente racionalista, intentando hallar la respuesta más trascendental del hombre utilizando la Razón que se queda corta analizando algo que debió de ser objeto de la fe. El resultado fue una visión pesimista de la vida concluyendo que no tiene ningún propósito trascendental y cayendo en una postura colectivista de la sociedad donde el hombre no es gran cosa, solo uno más.

Mitchell identificó a Dios con la tecnología, mostrando un gran desconocimiento de la naturaleza de lo divino y más aun poniendo en entredicho los valores de la ley moral natural que diferencia lo bueno de lo malo, negándola con la siguiente afirmación: “¡No hay justificativos para tener una actitud negativa!, ¡No hay justificativo para una actitud positiva!, ¡No hay justificativos para una actitud neutral!, ¿Quién sabe qué pasará con certeza? Podría estar caminando por la calle, pensando en suicidarme y de repente, ser atropellado por un autobús. Pero esperen un momento: ¿Por qué hago esto? Ah, claro... ahora recuerdo el chiste de todo: ¡Porque hay que probar todo aunque sea una vez! Y no hay que tomarse nada en serio en esta vida [...]”.

En efecto, un problema de la juventud de hoy en día es que las cosas ya no se toman tan en serio como antaño, la fe es la que más menospreciada se encuentra siendo su terreno ocupada cada vez más por un fuerte relativismo que compara al cristianismo con otras creencias de otros pueblos poniéndolos en un plano de igualdad, a la Doctrina Social de la Iglesia responden con frases como “tú tienes tu verdad, yo tengo la mía”, como si pudiesen coexistir más verdades, o afirmando que “Jesús fue solo uno de los muchos grandes líderes espirituales”.

El mismo Frank Turek, autor cristiano y conferencista en apologetica contó el caso de un amigo suyo cuya hija le había dicho, “Papá, ya no estoy seguro de creer en Dios”. Ese amigo suyo era un importante pastor que durante 18 años educó a su hija en la fe cristiana. Todo cambió cuando esta chica fue a la universidad y ese fue el momento en que lo que ella aprendía mediante la razón allí iba poco a poco poniendo en duda todo lo que su padre le había inculcado. El pastor dijo, “Ahora me doy cuenta de que yo no hice un buen trabajo mostrando por qué el cristianismo es verdad. Ahora, puede ser que sea demasiado tarde”. Como veníamos diciendo, los jóvenes al no obtener respuestas racionales a temas que rebasan la dimensión fáctica dejan de creer en la verdad de la fe.

Frank Turek saca a la luz la epidemia que hay en EE.UU en relación a esta cuestión y es que el 75% de los jóvenes adultos criados en un hogar cristiano dejan la iglesia cuando salen de su casa. Es menester mencionar a Dinesh D’Souza el cual saca a la luz el origen de este problema: “Los niños pasan la mayor parte de sus horas del día en la escuela. Los padres invierten una buena parte de sus ahorros en la educación universitaria y confían a sus hijos a la gente que se supone va educarlos. ¿Qué ingenioso que los educadores han descubierto una manera de hacer que los padres sean los instrumentos para la destrucción? ¿No es genial que han convencido a las mamás y a los papás cristianos para financiar la destrucción de sus propias creencias y valores? ¿Quién dijo que los ateos no son inteligentes?”. En síntesis, lo que este autor quiere decir es que los cristianos estamos pagando para adquirir el ateísmo, para que los jóvenes pierdan su fe.

Frank Turek al dar la razón de la fuga en masa de los jóvenes de la fe, dice: “Algunos piensan que ya la iglesia es irrelevante. Otros, fuera de casa por primera vez, se sienten atraídos por todo lo que el mundo tiene que ofrecer y ponen a Dios en un segundo plano. Sin embargo, muchos abandonan porque han llegado a dudar del cristianismo. De hecho, el escepticismo intelectual es una de las principales razones citadas por los que han dejado. En la actualidad, ¡menos de un uno por ciento de los adultos en Estados Unidos tiene una perspectiva bíblica del mundo y de la vida!”.

Podemos echar la culpa de esto en gran parte a nosotros mismos -es decir, a la iglesia-. Si bien hay notables excepciones, la mayoría de las iglesias americanas sobre-enfatizan la emoción y pasan por alto los mandamientos bíblicos para desarrollar la mente (1 Pedro 3:15, 2 Corintios 10:5). En otras palabras, estamos haciendo un gran trabajo para la realización de nuestros jóvenes con pequeños dramas, conjuntos musicales y videos, pero un trabajo pésimo para informarles con la lógica, la verdad y una perspectiva cristiana. Hemos fallado en reconocer que con lo que nosotros hemos intentado ganarlos, eso les va a ganar. Si los ganamos con emoción, por la emoción serán ganados.

Ahora, no quiero descartar la importancia de la emoción. Si la Biblia es verdad, entonces Dios quiere que lo amemos con todo nuestro corazón, que incluye las emociones. Pero también quiere que lo amemos con nuestras mentes (Mateo 22:37). ¡Los cristianos no reciben porras para que sean estúpidos! Se supone que debemos saber lo que creemos y por qué lo creemos. Y por una buena razón - la emoción por sí sola no es suficiente para proteger a los estudiantes cristianos en la universidad o para que sean testigos audaces para aquellos con los que se encuentran. Si llegan a la universidad con nada más que buenos sentimientos acerca de Cristo, son presa fácil para los profesores anti-cristianos y para un campus que tiene toda la intención de socavar su fe.

Podemos decir que debemos salvar la fe de las nuevas generaciones que van a venir en el mañana y van a renovar esta sociedad. Aquellos que conservan la fe están escaseando, y así como un animal en peligro de extinción llegará un día en el que desaparecerán dando lugar a un periodo de oscuridad en el hombre, oscuridad sobre todo en su mente que sólo contendrá lo captado por la razón, una verdad a medias que necesitaría ser completada por la fe. Pero desgraciadamente esos jóvenes mirarán a su alrededor y sólo verán a adultos que no recibieron el Reino de Dios de niños y por tanto la fe les será una lengua desconocida que no podrán hablar ni mucho menos enseñar.

El caso es que tarde o temprano se encontrarán dos generaciones. Los jóvenes y el día de mañana, dos términos tan eternos como variables. Hablando de problemas y retos que debemos superar, como jóvenes, se nos viene a la cabeza algunos que compartimos con los que fueron jóvenes antes que nosotros, que vistas con perspectiva parecen ser cuestiones que se curan con el paso del tiempo. Del mismo modo, hay problemas propios de cada época, frente a los cuales nos y otros jóvenes a lo largo de la historia han debido hacer frente, es por ello que los problemas a los que nos hemos de

enfrentar, en parte son similares o parecidos a los de jóvenes de antaño, pero por otro lado, encontramos nuevos retos que afrontar. Atendiendo a los que hoy nos encasillamos en el término, observamos ciertas cuestiones a las que debemos enfrentarnos no solo analizando el presente sino también con perspectiva en el futuro y la repercusión que tendrá en la sociedad los problemas de hoy en día, unos problemas que debemos afrontar tanto por ser jóvenes como por ser cristianos. Hablamos de hechos que analizamos fríamente, no están tan relacionados con la individualidad de los jóvenes, como si fuesen ajenos los demás sujetos de la realidad social sino que precisamente, afectan a la sociedad en sí misma y en su conjunto. Unos problemas sociales que afectan especialmente más a las vidas de otros que a las nuestras quizás, pero que quedan en nuestra mano trabajar para que pasen a ser historia y que los jóvenes venideros se encuentren con un panorama más favorable que con el que contamos a día de hoy.

Mas allá de problemas relacionados con la búsqueda de empleo, el cual suele plantearse con no poca frecuencia como el principal problema de nuestra época y generación, encontramos otros tantos que lejos de ser entendidos por la mayoría como retrocesos o conflictos morales contra la Verdad y el Bien, son conceptos que, de un modo inocente o no, llegan a entenderse por parte de la cultura actual como avances sociales. De entre todos estos problemas cabe destacar el mayor de los problemas, sobre el cual giran los demás, la “despersonalización” de la vida humana.

Si hablamos de vida humana, hablamos de persona, una fórmula nada compleja y en principio es entendida perfectamente por todo el mundo. Sin embargo, el problema radica en el valor que se le atribuye al concepto de “persona”. Con un rápido vistazo al mundo actual, observamos que hemos llegado al punto en el cual es posible comprar vidas, seres humanos. Este hecho nos recuerda a una problemática repetida y continua a lo largo de la historia, aparentemente resuelta a día de hoy y condenada por todo aquel con un mínimo de concepción democrática, la esclavitud. La vida nunca había sido tan barata y esto parece ir cada vez a peor con ciertos avances tecnológicos que lejos de hacer honor a su término, suponen auténticos retrocesos para la sociedad, manipular libremente la concepción de la vida, siendo aparentes dueños de vidas de otros y tomando decisiones tan drásticas y graves sobre éstas como el hecho de decidir la duración de la vida de un ser humano, algo así como un asesinato, pero bien visto y aplaudido por la sociedad. Es por ello que resulta especialmente importante que quienes todavía atribuimos total valor a toda vida humana y entendemos que no es un mero producto de decisiones personales, debemos ser acérrri-

mos defensores de la vida y liderar un cambio social que comienza desde los más jóvenes.

Defender la vida, algo que debería ser un concepto tan básico y tan inherente a nuestra propia conciencia, resulta a día de hoy por desgracia, un concepto de auténtica resistencia por parte de unos pocos mal vista a ojos de la mayoría. Como conclusión, erróneamente si aceptamos que el valor de la vida humana puede cuantificarse con dinero, entonces no estamos valorando realmente al ser humano y si no estamos valorando realmente al ser humano, entonces en ese supuesto, no valdríamos nada.

Como consecuencia, si no valemos nada se abre un espacio oportuno para el asentamiento de una práctica ya instalada en la sociedad, la eugenesia, en cualquiera de sus formas, decidir quién merece vivir y quien merece morir atendiendo únicamente a intereses y consideraciones individuales acerca de otras vidas, llegando al punto incluso de no entenderlas como tal y negando la vida en su origen.

Por tanto, ¿qué podemos esperar de una sociedad que no valora la vida como principio y fin de todo lo posterior? ¿Qué debemos hacer los jóvenes cristianos?

La respuesta es luchar por “personalizar” de vuelta a la sociedad. Más allá de hacer llegar el mensaje de la fe que profesamos, hay que comenzar por transmitir unos principios y valores que como resulta natural, no son exclusivos de la fe cristiana, sino que son principios naturales propios del ser humano. Tratar de implementar algo básico que parece que hayamos perdido.

El día de mañana no empieza en el futuro, el día de mañana está teniendo lugar hoy y quizás todavía estemos a tiempo de revertir la situación, algo que se antoja difícil en el futuro.

El cambio puede comenzar luchando contra una propuesta presentada ante el Comité de Derechos Humanos de la ONU para reconocer el derecho al aborto como un derecho humano con el cual se pretende obligar a los países firmantes del acuerdo a reconocerlo como derecho, ya no estaríamos hablando del tira y afloja continuo que hemos vivido con la materia a lo largo de los últimos años, sino que supondría un camino sin vuelta atrás.

Esta labor de personalización de la sociedad la entendemos como la labor principal que nos ocupa a todos en estos días, pero especialmente a los jóvenes, somos aquellos a los que se nos exige cambiar la situación.

Comenzando por la pérdida de moral. Una situación en la cual no es difícil llegar a sentirse abrumados y solos en un mundo en el cual el pensar cristiano ha sido arrancado de la juventud para darle una imagen de “antiguo” o “pasado de moda” como algunos dicen. En alguna ocasión, en conver-

sación con compañeros y amigos míos de creencia atea me decían con cierta sutileza “Dios está superado, ya no tiene sentido”. Pero se equivocan, en la sociedad de ahora y más aún la de mañana necesitaremos de su ayuda para no dejar a nuestra descendencia una sociedad sin valores, una distopía sin fe y lo peor de todo, sin esperanza.